

## MANIOBRAS

Las tenemos de todas clases: maniobras marítimas en Bilbao, maniobras aéreas por el cuerpo de Ingenieros en Guadalajara; maniobras terrestres en varios cuerpos de ejército dirigidos por el general Weyler, que no se da punto de reposo de ir de aquí para allá y de ocupar columnas y columnas del *Diario oficial del Ministerio de la Guerra*, para colocar á generales, jefes y oficiales que le son adictos. Maniobras políticas en que toma una parte muy activa y muy directa el príncipe de Asturias, del fusiónismo, casi nombrado adjunto del Presidente del Consejo de Ministros, é inspirador irresponsable de la llamada política democrática del gobierno. Canalejas está en Madrid para tratar asuntos políticos de gran importancia con el amigo de Santa Teresa, que todavía no ha ido á visitarla y ofrecerle sus respetos este verano, pero que indudablemente irá después de conferenciar con su discípulo y adjunto, y enterarse de las declaraciones trascendentales que se esperan de Romero Robledo, que sea un paso hacia la izquierda, pero sin pasar al otro lado de la muralla.

Las famosas declaraciones del inquieto personaje las conoceremos después de la cantata ochenta y siete que haga en Miramar contra las imprudentes declaraciones de su tocayo y eterno enemigo.

La maniobra ó las maniobras políticas son entre ellos, entre esos personajes más ó menos liberales, pero incompatibles unos con otros.

Dice uno blanco: pues ya se sabe, el otro dirá negro; no les preguntéis la razón porque no hay otra sino la de opinar en sentido contrario que su adversario ó su enemigo; y así va nuestra política arrastrándonos al abismo, sin que los republicanos, más obligados que nadie á contrarrestar este estado de perturbación y oponer á esa política de ambiciones y de campanario, una política seria y levantada de afirmaciones concretas, hayan expuesto aún su pensamiento y nos tengan á los que formamos en filas sin dirección, sin rumbo, sin guía. Es verdad que con laudable empeño hay quien propaga la doctrina y quien rompe una lanza por la República; pero esto, que merece todo nuestro aplauso, no es suficiente, ya porque no lleva la representación de una colectividad, ya porque las fogosidades de temperamento rebasan todos los límites de los radicalismos, y hoy se impone una política de prudencia, vigorosa, enérgica, que marque una tendencia verdaderamente progresiva y revolucionaria, pero suave, prudente, discreta, moderada en la forma. Hay que condenar toda la política monárquica y demostrar y probar que ha sido fatal para España, y que, de seguir imperando el régimen, no sólo habrá concluido la leyenda, sino que desaparecerá la personalidad de la nación.

Los monárquicos maniobran, se mueven, se agitan, pactan tratos y conciertos, todo á espaldas del pueblo, y al mejor servicio del rey, y todo es actividad, mientras que en nuestro campo sigue la indolencia, la apatía, el sueño del verano.

Maniobran los monárquicos y realizan toda clase de trabajos, consagrados á sostener la monarquía y á imposibilitar la instauración del régimen republicano; y nuestros hombres parecen indiferentes ante las desdichas del país, y extraños á todo trabajo consagrado á la realización de los ideales comunes y á las aspiraciones del pueblo republicano.

El problema de las alianzas ha llegado á su período álgido, y estamos en los momentos verdaderamente críticos en que se juega la suerte y el porvenir de España, y nuestros jefes vegetando contentos, sin duda de su consecuencia, en las que los aventajamos, como si esto fuera bastante para dar satisfacciones á un partido de quien depende la suerte de la nación y el porvenir de los españoles.

No pretendemos de ellos la movilidad de la ardilla; ni esa actividad ratonil, propia de gentes huérfanas; pero sí la actividad y el movimiento del hombre reflexivo, del político de convicciones y del caudillo que debe llevar al ejército al combate en condiciones de medir las fuerzas del ad-

versario con la fé en el éxito, que es la mitad de la victoria; y si la tienen como nosotros, ya se puede afirmar que si los republicanos presentamos la batalla, el triunfo ha de coronar nuestra empresa redentora.

Maniobren los monárquicos; pero los hombres que están al frente de los partidos republicanos deben salirles al encuentro, diciéndole al pueblo que todo cuanto intentan es una farsa indigna, y que el sistema actual es una vergüenza para España; y el pueblo los recibirá con los brazos abiertos é irá con ellos al combate, sin abandonar el lugar de la lucha hasta que la República haya triunfado y el estandarte real sea abatido, ondeando en las alturas la bandera nacional, emblema de la Patria, y entrelazada con la enseña tricolor, símbolo de la redención del pueblo.

A. A.

## Murmuraciones

Los corresponsales de la Prensa que se hallan en San Sebastián se han chillado todos para no decir el número de buques que compone la escuadra española que está por allí haciendo las maniobras de divertir á la aristocracia y á las instituciones venerandas del país.

Esa prudencia es digna de la mayor alabanza, porque de ese modo, los que no estén en el secreto, se creerán que es verdad eso de la escuadra.

Ahora bien; si tuviéramos un disgusto con el valle de Andorra, y la dura necesidad obligara á enseñar nuestras armas de combate por el mar, entonces vendría aquello de: ¡Como la Virgen del Carmen no nos salve!

Detrás del escandaloso asunto promovido contra la curia de Palma ha aparecido otro promovido contra la curia de Oviedo.

La denuncia última la ha hecho un juez jubilado que se llama Uria.

En la carta que dirige al señor Ministro de Gracia y Justicia se lee el siguiente párrafo:

«Y como presumo que V. E. no ha de concretar su viaje á lucir entre sus electores y paisanos el uniforme de ministro, pienso que, á poco que se ocupe aquí de aquello que es misión de V. E. atender, habrá de caer pronto en la cuenta de que lo que en esta provincia parece que por sarcasmo—lleva el nombre de tribunales de justicia, no es otra cosa que un corrompido organismo ó agrupación, en el que lo primero que falta es la conciencia y lo último que se encuentra es el honor.»

Esto se publica en *El Progreso de Asturias*, que sale á luz en Oviedo, y en el número que llegó ayer á nuestra Redacción.

Después de las consideraciones que, á manera de prólogo, hace el Sr. Uria en su carta, dice:

«Comprobar, sino, puede V. E. en su visita, cómo son muchas las sentencias que, dictadas y rubricadas, sufrieron modificación sustancial ó total, dándole alcance diametralmente contrario al acordado, sólo por el hecho de haberse recibido momentos antes de su publicación la orden del señor que aquí nos dirige á todos, mandando resolver la contienda en este ó en el otro sentido.»

—¡Pues vaya una denuncia!—dirá alguno de los que lean esto.—¡De esa tela cualquier provincia tiene una capal!

Y es una verdad inconcusa. La magistratura española sufre, en el ejercicio de su ministerio, la presión oficial, que es la presión del cacique, quien la obliga á faltar á su deber y á corromper su conciencia, so pena de privarla del sosiego, y de llevar y traer funcionarios judiciales de ceca en meca, hasta hallar aquellos que se amoldan á burlar la ley.

Sigue diciendo el juez jubilado:

«Pregunte V. E. y le dirán que es cierto que, procesado por asesinato el hijo de un caciquillo local, se obligó al representante del Ministerio fiscal á delegar, el día de la celebración del juicio por jurados, en un sustituto buscado *ad hoc* que tuvo frescura bastante para retirar la acusación, desvergüenza que no obtuvo el éxito apetecido por haberse presentado la acusación privada á velar en aquel acto por el prestigio y nombre de la institución de justicia.»

Y como no quiero hacer comentarios, porque estos hechos están en la conciencia pública, me limito exclusivamente á transcribir la parte final para que mis lectores sepan cómo se administra la justicia en Asturias.

Habla, ó escribe, el juez jubilado:

«Y si acaso á V. E. le interesara conocer el

criterio que pudo haber presidido en la reciente elección de jueces municipales, pida, pida V. E. la lista de los agraciados, y verá cómo seguramente figura en ella algún procesado, primero por robo en cuadrilla y después por asesinato, quien, no pudiendo resistir en su pueblo, á causa de tales fechorías, fué á otro inmediato y más populoso, lo arando, gracias á su nueva ir vestidura, poder visitar ahora en los días de audiencia el antiguo solar de sus hazañas.

Así, con el conocimiento de hechos y actos semejantes, podrá V. E. explicarse claramente que de lo que son y significan los encargados de administrar justicia, hayan llegado á formar las gentes el desconsolador concepto que revela el siguiente telegrama, que alguien conserva cuidadosamente guardado, como muestra edificante que V. E. podrá ver siempre que de ello guste.

Dice así, y no necesito advertir yo á V. E. que «el hijo» salió absuelto después de haber impedido en la ocasión del telegrama la celebración del juicio:

«Marqués de Canillejas.

Llanes.

(De Noreña.)

Ruégole ordene magistrados absuelvan á mi hijo; la cosa grave.

Rato.»

Hasta aquí el Sr. Uria.

Probablemente, después del Sr. Uria, juez jubilado, entraremos nosotros, periodistas en actual servicio, con una serie de datos preciosísimos para la historia del caciquismo sevillano en sus relaciones con la magistratura, y cómo y por qué ésta es esclava.

Poco tiempo ha de tardar.

Ya veréis bailar en estas columnas á ciertos caballeros prestigiosos, y se sabrá por qué se guarecen con tanto empeño tras la investidura de la Representación nacional.

Y aquí diré yo con un escritor ilustrado:

«La inmunidad es una garantía, una salvaguardia, necesaria y legítima de las opiniones políticas del diputado, de sus palabras y actos como representante de la nación; pero por dignidad de las Cortes no debe convertirse en salvoconducto de comunes delincuentes, en derecho de asilo al cual se acogen muchos bribones.»

Silencio... y á esperar.

Paciencia y mala intención, que no ha de ser nuestra vida tan corta que nos prive de una satisfacción legítima que constituye para nosotros un caso de conciencia.

Silvea va para Roma quizás á hacer contrición de sus pecados políticos, ó á pedir algún favor. Creo no irá por narices, porque él sabrá, como yo, que á Roma se va por todo, pero por narices, no.

En la iglesia de San Andrés, en Comenane (Vigo), cayó un rayo en el momento en que el cura estaba celebrando la misa.

Y mató á una mujer.

Hirió á dos curas.

Y accidentó al ministro del Señor que estaba oficiando.

—Y eso, ¿qué prueba?—dirá alguno.

—Pues... verá usted: prueba que la ira de Dios va dirigida rectamente hacia la cabeza de los que se llaman aquí sus representantes... Y que es un estúpido el que cree que Dios baja á las manos del cura, y que éste puede elevar al cielo sus plegarias en la seguridad de que allí sea atendida... ¡Esta gente no tiene influencia al á arriba! La cosa está más clara que la luz.

Beatas de los demonios, ¿no os convencéis todavía?

¿Cómo va á salvarlas á ustedes, si ellos no se pueden salvar ni de los rayos, cuando tocamos, si acaso, á uno por millón?...»

Cuando murió el Sr. D. Antonio Cánovas, se dijo que parte de los mejores volúmenes de su biblioteca los había donado en su testamento al Estado.

Efectivamente: si eso era verdad, el Estado se quedó sin ellos, porque su viuda no los entregó.

Ahora ha muerto su viuda, y el caudal, que pasa entero á los sobrinos de D. Antonio, se tiene que repartir.

¿Y cómo se hace dinero?

Se le vende la biblioteca al Estado, éste la paga muy bien, y los sobrinos se arreglan más que lo están.

¡Hágase el negocio lo más pronto posible, que el asunto urge!

Y—como dice *El País*—hoy tenemos á los muertos llenando de plata los bolsillos de los vivos.

Vivos y... vivos.

Dos veces vivos.

Ya sabrán nuestros lectores que ayer se reunió nuestro Ayuntamiento en sesión extraordinaria para acordar si habían de lavarse las manchas de la dignidad con la bencina de la dimisión, ó si seguían ostentándolas en salva sea la parte.

El público que acudió á presenciar la sesión se vió chasqueado en su curiosidad, porque el Sr. Amores, en honor al decoro y la otra cosa, pidió que la sesión fuera secreta, dando á entender que no era conveniente que los señores concejales conservadores expusieran al público las partes pudendas.

Contra esta opinión se rebelaron: el señor Palomino (alcalde), que quería que el público se enterara; el Sr. Lemus y Malo de Molina, que votó y se fue, y el Sr. Mateos, que votó y se quedó.

Veamos lo que sucedería en la

SESION SECRETA

celebrada por el Cabildo Municipal sevillano en la tarde del día 22 de Agosto de 1901.

PALOMINO. Se abre la sesión.

AMORES. Pido la palabra.

PALOMINO. La tiene su señoría.

AMORES. Comienzo demostrando mi profunda extrañeza al no ver aquí entre nosotros los conservadores á los concejales liberales... ¿Podría decirme el Sr. Alcalde por qué motivos han dejado de asistir á esta sesión?... PALOMINO. Porque no les ha dado la gana... Queda satisfecha la curiosidad de su señoría.

AMORES. Agradezco en el alma la fina atención del señor Alcalde, y paso seguidamente al objeto principal del asunto que me propongo tratar... Es lo cierto, señores concejales, que con toda nuestra respetabilidad y formalidad, por el señor Gobernador de la provincia se nos ha dado un puntapié... CHECA. ¡Protesto!... Yo, desde que dejé de ser alcalde de Sevilla, no he pisado esta casa ni me he inmiscuído en los asuntos municipales.

AMORES. Pues debiera haberse quedado en casa y no venir aquí á hacerse partícipe en el puntapié.

CHECA. La disciplina obliga á indignarse á hora fija y con tirilla de estreno.

AMORES. Perfectamente. Su señoría, como mi señoría, como las señorías de los antiguos gamacistas, quienes no han podido encontrar ocasión más oportuna para unirse á nosotros, ingresando en el partido conservador, que esta en que nos hallamos, para hacerse simpáticos á todo el mundo; sus señorías, y mi señoría, y la señoría del Sr. Alcalde... PALOMINO. Mi señoría no va con ustedes ni á cojer monedas de cinco duros...

AMORES. Permítame el Sr. Palomino que le diga que aquí representa la cabeza... PALOMINO. Donde está su señoría no hay más cabeza que la suya. (*Grandes risas porque la cabeza de BEL SU SEÑORÍA que habla es la bola de un mapa-mundi.*)

AMORES. Pues bien, voy á sintetizar. Nosotros, que hemos comprendido perfectamente que se nos quiere echar del Ayuntamiento como á las malas criadas de servir, no queremos marcharnos. Pero... con tal de que el señor Alcalde se quede ciego, nosotros seríamos capaces de saltarnos un ojo. Por tonto, digo, por tanto, si el Sr. Palomino presenta su dimisión, nosotros, como un solo conservador, las presentaremos también.

MATEOS. ¡Menos!

AMORES. ¿Quién ha dicho menos en son de mofa?

MATEOS. Yo.

AMORES. ¿Pero su señoría no ha entrado, como el Sr. Llach y demás compañeros de pesca, en el partido conservador?... MATEOS. Cuando sepa las condiciones hablaremos.

PALOMINO. Voy á contestar al Sr. Amores con dos palabras: Yo he visto con gran satisfacción lo hecho por el Sr. Gobernador de la provincia... (*Rumores.*) No me explico vuestra extrañeza, porque lo he dicho en todas partes. Además, estoy de ustedes hasta la punta del cabello, y vería con muchísimo gusto que lavarais vuestra dignidad ultrajada y me dejarais en paz.

AMORES. Entonces no presentamos la dimisión, y lavaremos la dignidad en el Tagarete, ahora que lleva agua limpia.

(Voces: ¡Bien! ¡Bien!)

CAÑAL. Señores: Yo, que tengo algún sentido común, ruego á ustedes que acabemos este espectáculo secreto que estamos dando, y que mañana, cuando se entere el pueblo de Sevilla, nos pondrá en el mayor de los ridículos, y que particularmente cada uno haga lo que quiera... Yo, por mi parte, me quedo...

(Voces simultáneas: ¡Y yo! ¡Y yo! ¡Y yo! ¡Y yo! ¡Y yo!)

PEPITILLA: ¿Dónde vamos a ir que nos admitan?...  
 AMORES. Bien; pero siquiera deberíamos presentar una moción poniendo como un trapo al Gobernador de la provincia.  
 PALOMIN. Fírmela su señoría, y la admito.  
 AMORES. No, yo no la firmo: de palabra, de palabra, porque las palabras se las lleva el viento....  
 PALOMINO. (Incomodado.) ¿Y para eso le sirve a usted esa hermosa cabeza que tiene? ¡Se levanta la sesión! (El Sr. Palomino vuelve la espalda y se va, dejando a los señores concejales devanando la madeja de su dignidad, para poder presentarse en público, como conservadores, conservándolo todo: hasta ese puntapié gubernamental.)

CARRASQUILLA.

## LA PARED

Es la hora de la siesta.

La huerta yace en un solemne silencio.

El señor Antón se ha retirado a descansar a la casa; Marichu, su hija, hace calceta al pie de un naranjo.

José, a poca distancia de ella, echado en tierra, parece admirar el trabajo de Marichu.

Así llevan largo rato; ninguno de los dos se atreve a hablar, temiendo, sin duda, cortar aquella tranquilidad que respetan aun los mismos pájaros dejando de trinar.

Al fin se oye la voz de Marichu, que dice:

Marichu.—¿No duermes?

José.—Estoy mejor así; descanso, y a la vez hago otra cosa.

Marichu.—¿Otra cosa?

José.—Sí; pienso en lo imposible, en lo que no podré realizar en toda mi vida; es uno de tantos sueños como dicen que todo hombre tiene.

Marichu.—Cualquiera al oírte diría que eras, por lo menos, por lo menos, el maestro de escuela. ¡Anda y cómo hablas! ¿Y no puede saberse cuál es ese imposible?

José.—¿Te vas a reír!

Marichu.—¿Tan descabellado es?

José.—Sí, mucho; figúrate que se trata de que me quiera una mujer.

Marichu.—¡Ah! ¿Con que estás enamorado?

José.—¿Te parece una locura, verdad?

Marichu.—¡Qué ha de parecerme! Es para lo único que todos estamos autorizados: para sentir.

José.—¿Y cuando los sentimientos no se pueden manifestar?

Marichu.—Entonces.... entonces somos unos cobardes. Mi padre me ha dicho muchas veces «que no hay nada más hermoso que la confesión de los sentimientos, por malos que éstos sean», y yo creo que tiene razón. ¡Se evitarían tantas desgracias por este medio!....

José.—Entonces, ¿no te enfadas si confieso?

Marichu.—Bien al contrario, me alegraré mucho; así veré que no eres cobarde.

José.—Pues verás. Yo quiero a una mujer....

Marichu.—Ya me lo dijiste antes.

José.—.... la quiero con toda mi alma, pero no puedo decirlo, porque nos separa una pared muy alta; una pared que es muy fácil que, si intento subirla, caiga rodando y me estrelle; es decir, que queden muertas mis ilusiones para siempre.

Marichu.—Mira, explícate más claro, porque, ó yo soy torpe, ó no me hablas como siempre.

José.—Quise decirte que es rica, que es otra cosa que yo.

Marichu.—¿Y es del pueblo?

José.—Sí, tiene una huerta.

Marichu.—¿Muy grande?

José.—Como esra.

Marichu (pensativa).—¿Como esta?... ¿Como esta?... ¿Es Juanilla?

José.—No.

Marichu.—Entonces.... entonces será.... será.... ¿Lucía?

José.—Tampoco.

Marichu.—Pues dime su nombre.

José.—¿Su nombre?... (rascándose la cabeza.) Verás.... su nombre.... su....

Marichu.—¿Cuál es?

José.—El mismo que el tuyo.

Marichu (con extrañeza).—¿Marichu?

José.—Sí.

Marichu.—No puede ser; si en el pueblo no le dicen Marichu más que a mí, porque como es nombre que le ponen a las Marías, yo no sé adonde.... vamos, muy lejos de aquí no lo conocen.

José.—Pues ese es.

Marichu.—Pues no puede ser.

José.—Sí.

Marichu.—No y no.

José (enfadado).—¡Sí que lo es! ¿Lo ves como no me comprendes?

Marichu.—Dime donde está su huerta.

José.—Su huerta, su huerta.... es.... esta....

Marichu (comprendiéndolo).—¡Ah, entonces soy yo!... (Sin poder contenerse.) ¡Ay, qué bien!

José (arrastrándose hacia ella).—¿Es de veras?

Marichu.—¿El qué?

José.—¿Que me quieres!

Marichu.—Sí, hombre, sí. ¿Ves qué pronto confieso yo?

José (cogiendo las manos a Marichu).—¡Qué feliz me haces!... ¡Al fin subí la pared sin caer!

Marichu.—Sí, pero he tenido yo que poner-te una escalera....

JOSÉ DE LA ACENA.

## De actualidad

En Bilbao verificáronse las regatas.

El *Giraldá* situóse en el centro de su triángulo.

Marcaban las boyas el recorrido.

Las tripulaciones de los buques vitorearon a los reyes.

Ganaron los balandros *Mimesa*, *Quintana* y *Luisilla*.

El yate del jefe biskaitarra Sota pasó junto al *Giraldá* sin saludar.

El *Giraldá* internóse en el mar algunas millas.

Los reyes visitaron la *Nautilus* presenciando a bordo los ejercicios de guardias marinas.

A la entrada y salida fueron aclamados.

Se ha ordenado que apaguen los fuegos los buques de la escuadra, creyéndose que la permanencia de ésta se prolongará dos días.

El *Heraldo*, en extenso artículo titulado *Mal camino*, dice que la vanidad pueril nos ha demostrado que carecemos de Armada y debemos declararlo francamente y hacer propósitos de enmienda, para resolver en definitiva si ha de haber ó no marina y evitar exhibiciones de miseria y atraso.

La *Correspondencia*, atribuyendo la información a un íntimo de Silvela, defiende el artículo de este sobre la cuestión de Marruecos, diciendo que el mismo criterio sustentó siempre, consiguiendo ahora despertar la atención de los políticos sobre un asunto capitalísimo.

Weyler llegó a Mahón y revisó las tropas. Recibiósele en la esplanada y visitó el fuerte de Isabel II.

Obséquióse con un banquete el Ayuntamiento.

Por razón de economías se ha acordado la reducción de las Academias de sargentos de Sevilla, Barcelona y Madrid.

El lunes se celebrará en Barcelona el Consejo de guerra de generales, contra el comandante de Infantería D. Juan Genara, por la rendición de sus fuerzas en Nueva Ecija (Filipinas).

De Tanger comunican que aumenta la rivalidad de los visires Monhobi y Garait.

El Sultán muéstrase indeciso. Los negocios están paralizados y las tribus desmoralizadas por los frecuentes disturbios.

En Motril esta madrugada se ha sentido un terremoto con ruidos subterráneos.

El vecindario, presa de pánico, salió a las calles.

Se ha desistido de funcionar el Consejo de Estado y el Tribunal de lo Contencioso.

Lo impide la proposición de Montero Ríos al Senado sobre la reforma de la ley judicial.

El primero se reducirá todo lo posible y el segundo se convertirá en Sala del Supremo, suprimiéndose las tres cuartas partes de las plazas de ministros.

Los ingleses aprueban la conducta de Francia en la cuestión turca.

Dicen de París que el crucero francés *Cassard* marchó a las costas de Turquía.

Apréstase para marchar también una división naval.

La prensa inglesa es partidaria del *statu quo* en Marruecos, y dice que España obrará cuerdamente no dejándose arrastrar por ninguna potencia.

Comunican de Londres que el Congreso Internacional de Glasgow ha convenido en la necesidad de unificar la legislación de seguros marítimos en los continentes europeo y americano.

En Londres el *Daily Express* afirma que el gobierno ha ordenado a Kitchener que reduzca las operaciones de la campaña.

Dicen de Nueva York que ha naufragado en Colón el cañonero colombiano *Pepa*, que se dirigía a Sabaniilla: salvóse la tripulación.

En Washington se ha publicado una proclama de Mac Kinley invitando a una exposición universal en 1903.

Va en aumento la rebelión en el Natal y el Cabo.

Dicen de Valladolid que se ha desbordado el Pisuega, causando destrozos enormes.

Un obrero de la mina el Nublado refugióse en una caseta, donde quedó sepultado.

Extrájosele cadáver.

Urzaiz ultima el decreto sobre procedimientos administrativos.

En el próximo Consejo de primeros de Septiembre se tratará de los presupuestos.

En la mina de Cotruio (Oviedo), ha habido desprendimiento, resultando dos mineros y una mujer muertos y un herido grave.

De San Sebastián marchó a París el diplomático ministro de Dinamarca.

La asociación patriótica española de Buenos Aires pide que se gestione la reciprocidad de los títulos académicos entre la Argentina y España.

Romanones ha ultimado el decreto sobre el pago a los maestros por el Estado.

Urzaiz resítese a consignar en los presupuestos la cantidad necesaria.

Los débitos ascienden a siete millones de pesetas.

En una fábrica de blanqueo de San Martín de Provensals explotó la caldera, matando al maquinista, y 6 operarios graves.

El edificio quedó destruido.

Bilbao.—La escuadra hizo la travesía sin efectuar maniobras, con retraso de dos horas.

Se ha desistido de las maniobras.

Sólo se harán ejercicios técnicos.

El *Progreso de Asturias* ha publicado un artículo que se atribuye al diputado Uribe, yerno de ministro Teverga, denunciando abusos graves de aquella Audiencia.

Teverga ha enviado el artículo al Fiscal del Supremo.

A Marsella llegó la embajada marroquí, que embarcará en Tolón con rumbo a Tanger.

Según despacho de París, se ha confirmado que el embajador francés, Constans, ha roto relaciones diplomáticas con el Gobierno turco, en vista del informal proceder de éste.

Convocóse al Consejo de ministro francés con urgencia.

Hay ansiedad por conocer el resultado.

En breve se verificarán en Cromstad las pruebas de un submarino inventado por un oficial ruso.

En caso de éxito, se construirá una escuadrilla.

Zarpó el *Audaz* de San Sebastián.

Almodóvar ha confirmado que irá toda la escuadra.

Mañana ó pasado irá a Zarauz a visitar a los embajadores de Alemania, Inglaterra y Portugal.

Hablando del artículo de Silvela dijo que sólo le atribuye gravedad Romero.

Respecto de las declaraciones de éste, resignase a que se le decapite, accediendo a la petición de Romero, de las cabezas de Silvela, León y Castillo y la suya.

Burgos.—Interceptada la línea férrea y detenido el correo de Irún a Madrid.

Valladolid.—Se han repetido las tormentas. Un rayo mató a un caminante y su caballería.

Palencia.—El pedrisco arrasó el término de Pirva; inundada la población.

Vigo.—Reina furiosa tormenta.

Un rayo entró en la iglesia de San Andrés, cercana a Vigo, donde se celebraba misa, y mató a una mujer é hirió a dos curas.

El que oficiaba quedó atacado de bonmoción.

## ENRIQUETA

(CUENTO)

I

Tres años llevaba Julio de residencia en la capital de Cuba, y en ese tiempo había logrado hacer un capitalito, gracias a su vida morigerada y a su economía.

Su único anhelo era volver a España, para ofrecer su nombre y su dinero a Enriqueta, muchacha que, con su hermosura, había sabido enloquecerle. Enriqueta, apesar de sus pocos

años, era calculista interesada, y aunque no de un modo directo, había dado a entender que no se casaría mientras él no tuviese una fortuna. A buscarla, pues, había ido Julio a la Habana, y en negocios mercantiles la había encontrado.

Pensando como siempre en su Enriqueta, paseábase nuestro personaje por delante del teatro Tacón, y se detuvo al leer los carteles fijados en la fachada, los cuales anunciaban para el día siguiente la inauguración del teatro con una compañía de zarzuela.

Con gran indiferencia iba leyendo Juliola lista de la compañía, cuando el nombre de una tiple, consignado en gruesos caracteres, como se hace con los de los grandes artistas, le produjo una impresión dolorosísima.

Acababa de leer que formaba parte de la compañía la notable primera tiple Enriqueta Barel.

¡Enriqueta dedicada al teatro! ¿Qué había ocurrido a aquella familia en los tres años que faltaba de Madrid? Quería saberlo; necesitaba tener una entrevista con Enriqueta.

Julio tomó una bataca de orquesta, con objeto de apreciar bien las facciones de la cantante, para convencerse de que era la mujer que adoraba, y por quien había abandonado su familia y su patria en busca de una fortuna.

II

Alzóse el telón y Enriqueta apareció en el proscenio, deslumbrante de hermosura, vistiendo un traje de baile, con exagerado descote.

Julio contempló por vez primera los hermosos brazos y el blanquísimo seno de la actriz, sintiendo celos de que a la vez que él la contemplasen dos mil espectadores.

La señorita Barel, con gracia y desenvoltura accionaba y cantaba, sin que las miradas lascivas de los concurrentes hicieran que se ruborizase.

Terminada la representación, Julio pasó al cuarto de Enriqueta deseoso de hablarla. Ella fué la primera que rompió el silencio diciéndole a la vez que le alargaba la mano:

—¡Hola, Julio! Ya te he visto en una butaca de orquesta.

—Sí; desde que leí tu nombre en los carteles sentí grandes deseos de verte trabajar.

—Y qué, ¿te gusto como artista?

—Como artista y como mujer.

—Enriqueta se rió estrepitosamente.

—¿Sigues tan enamorado de mí como antes?

—Más que nunca.

—Vaya, hombre, pues me alegro—y Enriqueta volvió a reírse con mayor estrépito.

El desenfado para hablar de aquella joven y sus carcajadas salidas de tono, desconcertaron a Julio.

—¿Quieres contarme lo que ha ocurrido en estos tres años, y por qué te has dedicado al teatro?

—Como tú sabes—empezó diciendo Enriqueta—yo tenía gran afición a la música y al canto. Por indicación mía, mi padre me envió al Conservatorio, donde perfeccioné mis estudios. Después los abandoné para casarme.

—¿Te has casado?—exclamó Julio.

—Sí, hijo; me casé con Gabriel; ¿te acuerdas de él? Todos le llamabais *el Arcángel*.

—Sí, sí—dijo Julio anonadado por aquella noticia.

—Gabrielito—continuó diciendo Enriqueta—gastó gran parte de mi fortuna en francachelas y en negocios desgraciados, y cuando mi padre murió, me encontré casi pobre y hastiada de mi marido; él, por su parte, ya se había cansado de mí. Entonces me decidí a dedicarme al teatro, y sin gran oposición de mi marido, debuté en una compañía de zarzuela.

Yo estrené una obra que alcanzó gran éxito y se representó más de doscientas noches seguidas; y en fuerza de escuchar tantas veces los amores del protagonista, concluí por enamorarme del tenor que lo interpretaba. El también se enamoró de mí, y entonces nos fugamos.

—Pero ¿es eso cierto, Enriqueta?

—Me parece que estás más tonto que antes. De todo te admiras, todo te impresiona. ¿Hay algo de sobrenatural en lo que te estoy refiriendo?

Julio nada contestó; sentía repugnancia hacia aquella mujer que había amado tanto.

—Dime, Enriqueta—dijo al cabo de largo tiempo—el recuerdo de tu padre muerto, y el de tu pobre madre, que tal vez llora en estos momentos por tí, ¿no te conmueven? ¿No te causa pena el haber abandonado a tu marido, lanzando sobre su nombre la deshonra?

Enriqueta se rió esta vez de mejor gana que las anteriores.

—¿Qué ideas tan ridículas tienes de la vida! Otro cualquiera, en vez de censurar mi conducta, me hubiera hablado de amor, si, como me has dicho, estás enamorado de mí.